

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrado á la

VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 637

Alicante 17 de Febrero de 1883.

Año XIV.

LA CONFESION SACRAMENTAL.

II

Hemos probado la institucion divina de la *Confesion*, alegando por argumento la *antigüedad* de la misma, que se remonta nada ménos que al paraiso, y la *universalidad* de su práctica prescrita por las diferentes religiones y ritos que los hombres han profesado en los distintos paises de la tierra. Uno y otro hecho han sido reconocidos hasta por los filósofos de la incredulidad, entre los cuales queremos citar á dos. Es el primero Voltaire: Sólo el arrepentimiento de las faltas, dice, puede suplir á la inocencia; y para manifestar este arrepentimiento menester es principiar confesándolas. *La confesion es pues tan antigua como la sociedad civil.* Se confesaba en todos los misterios de Egipto, de Grecia y de Samotracia. En la vida

»de Marco Aurelio se dice, que
»cuando se dignó asociarse á los
»misterios de Eleusina, se confesó
»al Jerofante, aunque fué el hombre
»que ménos necesitó la confesion en
»el mundo... Es difícil determinar
»en qué tiempo se estableció esta
»práctica entre los judios... El Mis-
»hna, que es la coleccion de leyes
»judías, dice, que se confesaban
»frecuentemente poniendo la mano
»sobre un becerro perteneciente al
»sacerdote.» (1)

El otro filósofo es el autor de los *Anales del Imperio*: «Los sabios de la antigüedad, dice, habian conocido la importancia de la *Confesion*; y si no pudieron imponerla como obligacion á todos los hombres, á lo ménos habian establecido su práctica respecto de los que aspiraban á una vida muy pura: así es, que

(1) *Dicc. Filos, art. Confesion.*

»ella era la primera aspiracion de
»los iniciados entre los Egipcios, y
»en los misterios de Ceres Eleusina.
»De este modo la Religio : Cristiana
ha consagrado cosas, cuya utilidad
»permitió Dios que vislumbrase la
sabiduria humana y que abrazase
sus *sombras*.»(1)

Esta conclusion es la misma que
sacaba De Maistre. Es que la razon
no puede menos de reconocer la ver-
dad cuando discurre libre de preo-
cupaciones. No hay una sola insti-
tucion, no hay una sola práctica de
las consagradas por la Religion Ca-
tólica, que no esté en armonia con
la naturaleza racional del hombre,
y no tienda á ennoblecerle y dignifi-
carlo. No una y mil veces; no es la
razon la que rechaza la confesion
sacramental ni otra alguna de las
instituciones católicas; son el orgu-
llo y la soberbia que toman el nom-
bre de la razon para imponerse y
ahogar la voz de la conciencia. Se
engañan á sí mismos los que á nom-
bre de la razon y de la dignidad hu-
mana pretenden combatir ésta y
otras prácticas sancionadas por la
Iglesia Católica.

¿Qué hay, de repugnante á la sa-
na razon en la *confesion* del pecado?
¿Hay una cosa más ajustada á los
principios racionales que el que hu-
biere cometido un delito, el que hu-
biese violado una ley, reconozca su

(1) Obra citada, t. I. pag. 41.

mal hecho? Pues este reconocimien-
to es ya de suyo y esencialmente
una confesion interna del pecado,
la cual se hace externa por medio
de la palabra ú otro signo sensi-
ble. Hé aquí como se expresa Tertu-
liano: La *Confesion* del crimen es
»tan eficaz para borrar el crimen,
»como la simulacion lo es para au-
»mentarlo: *la confesion* es un conse-
»jo de satisfacion: la simulacion un
pensamiento de obstinacion.

»Esta *segunda penitencia* pues, la
»única que resta (despues del Bau-
»tismo), es una prueba que debe
»cumplirse con un número de obras
»tanto mayor cuánto más difícil es
»el negocio: por manera que *no bas-
»ta que se haga tan solo en el secreto
»de la conciencia, si no que debe ser
»ejecutada por un acto exterior*. Este
»acto que se expresa con más ener-
»gía por una palabra griega, y es
»frecuentado, se llama y es la *exo-
»mologesis*, por la que confesamos
»al Señor nuestro crimen, ño como
»á quien lo ignore, sino de un modo
»satisfactorio; en cuanto que por
»medio de la Confesion se impone ó
»determina la satisfaccion; por la
»confesion empieza la penitencia, y
»por la penitencia Dios se aplaca.»

Ahora bien, ¿qué hay en todo es-
to que sea contrario á la razon y de-
presivo de la dignidad humana?

Por otra parte nada más espontá-
neo, natural y razonable que el que
un enfermo que se reconoce tal y

desea curarse de sus dolencias, se presente al médico, y le manifieste su enfermedad con todas las circunstancias estimables al efecto de la curacion, y con ánimo resuelto de sujetarse á sus prescripciones. Obrar de otra manera seria proceder insensato é irracional. Y aunque muchas veces la enfermedad es de tal naturaleza que no puede manifestarse sin vergüenza y rubor, nadie sin embargo cree humillada su dignidad revelándola al médico. ¿Y por qué no habremos de discurrir del mismo modo tratándose de las enfermedades morales del alma? Tanto más cuanto que estas enfermedades del alma son incurables, más aun que las del cuerpo, sino se las manifiesta de algun modo; y de aquí esa propension natural y como necesidad que sentimos de desahogar nuestro corazon en la confianza de un amigo, siempre que nos hallamos apenados por interiores remordimientos.

«Generalmente, dice De Maistre, el culpable obligado por su conciencia, rehusa la impunidad que le prometía el silencio. Yo no sé que instinto misterioso, más fuerte aun que el de la conservacion, le hace buscar el castigo que pudiera evitar. Aun en los casos mismos en que no puede temer ni los testigos ni el tormento, exclama: Sí, yo soy... Qué cosa hay *más natural* al hombre que este movimiento de un

»corazon que se dirige á otro cora-
»zon para depositar en él un secre-
»to? El infeliz, desgarrado por el
»remordimiento ó por la pena, tiene
»necesidad de un amigo, de un con-
»fidente que le escuche, le consuele
»y algunas veces le dirija. El estó-
»mago que contiene un veneno, y
»que se pone convulsivo para arro-
»jarlo, es la imágen natural de un
»corazon donde el crimen ha derra-
»mado la ponzoña. Sufre, se agita,
»se contrae hasta que encuentra el
»oído de la amistad, ó al menos el
»de la benevolencia.» (1) Hé aquí
la voz de la razon y de la misma
humana naturaleza, sobre cuyos dic-
támenes estableció nuestro adorable
Redentor la institucion benéfica y
consoladora de la Confesion Sacra-
mental, como remedio de los males
del alma.

«La confesion es la verdad, obje-
»to adecuado de la razon, y blanco
»de todas las investigaciones, dice
»el P. Güal. Al hombre no le es
»permitido engañarse á sí mismo,
»ni á su hermano, ni á la sociedad,
»ocultando en su seno lo que no
»puede ocultar á Dios. Vendiéndose
»en público por un hombre honrado
»ó por un Santo, siendo en realidad
»un pecador ó un criminal, sería
»erigir en principios de moralidad
»la mentira, la ficcion y la hipocre-
»sia.» Y Augusto Nicolás añade:

(1) *Del Papa* lib. III. C. III.

«Puede asegurarse que todo el que
 »no se confiesa, es hipócrita, ó al
 »menos culpable de una ocultacion
 »de verdad. Sería necesario, si fuere
 »posible, que toda nuestra vida y
 »hasta nuestros pensamientos fue-
 »sen transparentes, y que nosotros
 »fuésemos de cristal: entonces nos
 »hallaríamos en un continuo estado
 »de confesion pública; pagaríamos
 »la deuda que tenemos con la ver-
 »dad y la sociedad, y quedaría res-
 »tablecida la santa armonía que de-
 »bería haber entre el pensamiento y
 »la palabra, entre cada alma y la
 »gran sociedad de las almas.» (1)
 Así habla el buen sentido. ¿Qué tie-
 nen que oponer los enemigos de la
 confesion Sacramental?

Los que invocan á cada paso la
 razon, precisamente porque nunca
 la tienen, escuchen ahora el dictá-
 men de esa misma razon.

—Pero de cualquier modo es du-
 ro, dirá alguien, el tener que reve-
 lar nuestros pecados á un hombre:
 —Más duro es, decimos nosotros,
 vivir en continuo remordimiento por
 no revelarlos. Pero nos hemos pro-
 puesto hablar lo menos posible de
 nuestra cuenta: oigamos á Pascal.

«La Religion Católica no nos obli-
 »ga á descubrir los pecados, indife-
 »rentemente á todo el mundo; per-
 »mite que nos mantengamos ocul-

(1) *Estudios filosf. C. XVI.*

»tos para con todos los demás hom-
 »bres, y solo exceptúa uno solo, al
 »cual nos manda que manifestemos
 »todo el fondo de nuestro corazon y
 »que nos le presentemos tales como
 »somos. No hay más que un solo
 »hombre en el mundo con quien nos
 »manda ser francos, y á él le obliga
 »á un secreto inviolable; de donde
 »se sigue, que semejante confianza
 »es, respecto del que la recibe, lo
 »mismo que si no se hubiera hecho.
 »¿Podíamos inventar nada más cari-
 »tativo ni suave? Y no obstante es
 »tal la corrupcion del hombre, que
 »aun encuentra vigorosa esta ley;
 »y esta es una de las principales ra-
 »zones que ha hecho rebelarse á una
 »gran parte de la Europa contra la
 »Iglesia.

»¡Cuán injusto y desrazonable es
 »el corazon del hombre creyendo
 »malo el que se le obligue á hacer
 »con un hombre lo que sería hasta
 »cierto punto justo que hiciera con
 »todos los hombres! ¿Sería acaso
 »justo que lo engañásemos?» (Cita
 del P. Gual.)

Así habla la razon.

Continuaremos en otro artículo.

¡¡ JESUITAS !!

Los jesuitas son en estos momen-
 tos el tema obligado de la prensa de
 Alicante. ¡Y qué prensa, Señor, y
 qué prensa! ¿Qué juicio se vá á for-

mar de esta ciudad cuando fuera de aquí sean leídos los periódicos de estos días? No parece sino que los jesuitas no sean hombres, y que no obliguen para con ellos las reglas de urbanidad y buena educación. Se les insulta y escarnece, se escita contra ellos á las pasiones, y hasta se pretende que se les niegue la hospitalidad y se les arroje ignominiosamente de la población. ¡Y esto á nombre de la libertad y de la fraternidad universal!

No vamos nosotros á defender á los Jesuitas. ¿Qué necesidad tienen de nuestra pobre defensa los insignes hijos de San Ignacio? Pero queremos oponer á las diatribas que les dirige estos días la prensa liberal y masónica de esta capital, los testimonios á su favor que han dado hombres no sospechosos por cierto de querer favorecerlos.

Sirva esto de desagravio á la Insigne Compañía.

Comenzamos por Mr. de Sacy, miembro de la Academia francesa, publicista y literato eminente, descendiente de uno de los hombres más famosos de Port-Royal. En el prólogo con que encabeza una nueva edición, muy reciente, de las célebres *Cartas Provinciales* de Pascal, se expresa en estos términos:

«Si Pascal volviese á la vida, ¿reharía sus *Cartas Provinciales*? ¿Iría á colocarse al lado de los enemigos de los Jesuitas y reanudaría contra

ellos la lucha terrible en la cual, despues de muchas vicisitudes, los Jesuitas concluyeron por triunfar? Estoy convencido de lo contrario; porque pregunto: ¿qué auxiliares tendria? ¿En compañía de quiénes se encontraria? ¿No es más claro que la luz del medio día que á la hora presente, bajo el nombre de los Jesuitas, se ataca á la Iglesia, al Cristianismo, á toda creencia en Dios y en la inmortalidad del alma, el principio del derecho, el fundamento de la justicia, cuantas verdades han sacado al hombre del embrutecimiento y le impiden caer de nuevo en él? La ciencia aumenta el poder pasajero del hombre sobre este mundo: nada le dice sobre su ulterior destino: nada tiene que contestar á las dos cuestiones que, sin embargo, reclaman imperiosamente respuesta, y que han engendrado todas las filosofías y todas las religiones.

»¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¡Y Pascal habria de perder el tiempo combatiendo á los Jesuitas! ¡Olvidaria lo que con toda su penetracion no podia prever en 1656 y 1657, cuando escribió sus *Cartas Provinciales*, lo que nuestros padres vieron en 1792 y nuestros hijos pueden ver aun: la opresion de la Iglesia, la expulsion de los Obispos y de los párrocos, merced á la incalificable Constitucion civil del clero, que debia conducir á la destruccion de los altares!

»¡Ah! La tinta acre en que empapó su pluma Pascal para escribir sus *Cartas Provinciales*, habria de servirle ahora para embestir á esos protestantes extranjeros, que proclaman muy alto la libertad de conciencia, y cierran y confiscan las iglesias católicas; á esos libre-pensadores que insultan y ultrajan todo pensamiento que no es el suyo.

»Esas restricciones mentales de que tanto se burló, esas licencias de faltar á la verdad en interés de un partido y de una causa determinada, de calumniar sin medida al adversario, ¿dónde las encontraría? ¿Dónde florece y prospera la máxima que tanto se ha reprochado á los Jesuitas, como si la hubieran inventado y en propiedad les perteneciera, *el fin justifica los medios*? ¿Qué violencias, qué violaciones de leyes y de Constituciones, qué destrucciones de gobiernos no se ha tratado de justificar y no se tratará de justificar todavía, con la *soberanía del objeto, la necesidad del progreso, el interés y la voluntad presuntas del pueblo*?»

Así se expresa un liberal y janse-nista, que uno y otro es M. Sacy, antiguo director del *Journal des Débats*.

El círculo de los revolucionarios de buena fé se estrecha por momentos. Esperamos que llegue el dia en que dentro de él no quepan sino los ignorantes ó los locos.

Testimonio de MR. PEDRO QUE-ROULT.

Con el título de «*Jesuitas*» publicó por el mes de Marzo de 1830 *El Figaro* de París, el siguiente artículo que lleva la firma de Pedro Queroult, uno de los hombres que mas figuran hoy en Francia, y tan poco sospechoso de parcialidad como Sacy

«¡Loyola! Nombre que suena bien. El que lo lleva gasta sombrero con pluma, espada española, y os espera descansando la mano sobre la empuñadura. Es de buena casa, y yo encuentro en la eufonía de las tres sílabas un llamamiento al honor y un grito de guerra.

Pues bien, parece que me engaño; porque desde hace mucho, la tontería de muchos comisionistas de comercio, el escepticismo idiota y la crasa ignorancia han hecho de ellas el equivalente de mentira, de astucia y de perfidia. Este nombre de caballero significa traicion, y este nombre de santo quiere decir hipocresía

Hace tres siglos, un domingo, despues de haber oído misa en la iglesia de Montmartre, seis hombres bajaron á una cripta subterránea y allí prestaron un juramento; el de consagrarse por completo al servicio de Dios y á la enseñanza de su ley.

A los tres votos que hacen las otras órdenes monásticas añadie-

ron un cuarto, declarándose soldados del Papado, prometiendo que á una simple señal del Romano Pontífice saldrían sin murmurar, y aún sin dinero, donde quiera que se les mandara.

Esos cinco mendigos, sin pan y sin asilo, cincuenta años más tarde contaban con 10.000 discípulos esparcidos por toda la redondez de la tierra. La palabra sería la espada de esos soldados, y su fuerza consistiría en la obediencia.

Para ellos, las misiones lejanas, las comarcas inexploradas. Van desde el estrecho de Behring á la zona tórrida, y desde Cochinchina á Japon. En los pliegues de su sotana negra llevan la civilización y las luces, y casi siempre obtienen el martirio por toda recompensa.

Una bula especial de Paulo III aprueba la orden en 1540. Julio III les concede grandes privilegios, y especialmente la facultad de conferir títulos académicos equivalentes á los de la Universidad.

Los jesuitas tendrán las buenas maneras, la amabilidad y la sonrisa en los labios: duros consigo mismos se mostrarán tolerantes y misericordiosos con los otros. Llevarán el mismo traje que el clero del país en que habiten.

En el reinado de Carlos IX la Asamblea general de la Iglesia gali-

cana no quiso reconocerles como sociedad. Entonces abandonaron el palacio Clermont y fueron á establecerse á la calle de Santiago.

Juan Chatel, hijo de un trapero de París, da una puñalada á Enrique IV en casa de Gabriela d'Estrées; pero como este Chatel habia estado de niño en la escuela de los Hermanos, el Parlamento de entonces, tan justo y tan lógico como el que hoy tenemos, ordenó á todos los jesuitas que salieran de París en el término de tres días, y de Francia en el de quince.

Por el mismo tiempo se les expulsó de Inglaterra y de Flandes, viéndose bajo la acusación de haber conspirado contra la vida de Isabel y contra las de los dos príncipes de Orange.

Viene ahora el asunto Ravailac. Al decir de los especieros de entonces, antiguos ligueros y padres de los futuros frondistas, los Jesuitas armaron el brazo del asesino.

Una cosa me asombra, y es que los revolucionarios, que saben mejor que nadie disparar sobre los príncipes, incendiar los palacios y hacer desplomarse los imperios, no hayan concedido privilegios y mercedes á esta Compañía de Jesús, que durante tres siglos ha tratado, al decir de sus *amigos*, de asesinar á todos los soberanos de Europa.

Várias veces me he preguntado qué provecho y qué utilidad podían

sacar de eso. Jamás se ha sabido, y á pesar de las torturas á que se les ha sometido, nunca se ha logrado arrancarles una confesion. Acaso no hayan sido regicidas mas que para preparar el advenimiento de la república. Como son tan astutos, debieron adivinar hace mucho tiempo que el Gobierno republicano sería el único que no los persiguiese, y que el ministro Ferry les cubriría con su proteccion.

En tiempo de Luis XIV, el P. He-reau fué acusado de enseñar que una nacion puede deponer á su rey. Ya ven Vds., pues, que todos los franceses somos discípulos de los jesuitas, puesto que desde hace cien años nuestro país no ha permitido á uno solo de sus reyes morir en Francia. Y es natural: tenemos demasiado buen corazon y nos seria muy duro ver dar en nuestra propia casa el último suspiro á príncipes, á quienes tanto amamos. Por eso les expedimos con tiempo á Inglaterra. (1)

Ya íbamos á olvidar otro asesinato. En 1739 el marqués de Pombal acusó á los jesuitas de haber querido degollar á José de Portugal.

Decididamente son verdaderos demonios y unos tunantes de la peor especie.

(1) Aquí el articulista, que maneja diestramente la sátira, se olvida de que Luis XVIII murió en Francia.

Pero ¿por qué, afrontando tantos riesgos y peligros, y no recogiendo las más de las veces sino la palma del martirio; por qué, pregunto, van á predicar á los canibales y quieren convertir á los salvajes? Supongo que no será para robarles los relojes.

¡Se ha gritado tanto contra la influencia de los jesuitas! Y no me maravilla. Los imbéciles no quieren ser dominados. Debían, sin embargo, resolverse á obrar, porque el talento será siempre superior al odio, la abnegacion á la vanidad, y la fé á la indiferencia.

El jesuita tiene una sotana cada tres años; vive en su celda blanqueada, adornada con dos sillas de paja, una mesa de madera blanca para escribir, y dos tablas, sobre las cuales hay un colchon para descansar. La obediencia pasiva, los largos rezos de la noche, la asídua asistencia al confesonario y un trabajo incesante: hé aquí el empleo de sus horas. El jesuita no goza de nada, y fuera de su convento, de su iglesia ó de su colegio, no se le ve en ninguna parte.

Se trata de inquirir lo que les ha hecho tan fuertes, y no se comprende que esto se explica por el martirio que no se ha cesado de imponerles, por la persecucion y los ultrajes de que han sido víctimas durante tres siglos. Son como el árbol de la

fé, que se agiganta con la tempestad.

Se les acusa de ganarse la inteligencia y el corazón de los niños. Es verdad que saben mejor que nadie hablar á sus corazones y cautivar sus entendimientos. Un niño no vive seis años en contacto inmediato con el espíritu de sacrificio sin formar una alta idea del que espontáneamente acepta la disciplina y practica la sumisión, sobre todo cuando fuera de las paredes claustrales podría dominar y anonadar á los otros hombres. La dulzura en la fuerza será siempre para todos de una seducción irresistible.

He sido discípulo de los jesuitas, y he encontrado en ellos una bondad extraordinaria unida á una inmensa ciencia. Son verdaderamente seductores.

Al salir del colegio de Friburgo, cuando seguíamos en París la carrera de Derecho, no éramos mejores que nuestros camaradas. Nacimos tan indisciplinados y tan vagabundos como ellos; pero nos quedaba el sentimiento de admiración hácia todo lo que es noble y grande, y sobre todo y ante todo, sabíamos respetarnos á nosotros mismos.

Si nos quitábamos el sombrero ante el sacerdote y ante el ejército, jamás nos descubríamos ante quien no lo mereciera. Se nos había enseñado á arrodillarnos en la iglesia, pero

nunca á humillarnos ante un hombre, cualquiera que fuese. A veces hemos seguido una procesion, pero nunca hemos formado parte del cortejo del éxito.

Muchos de nosotros fueron soldados del Papa, y entonces excitaban la risa. Hoy no sabe reirse de esos zuavos de *sotana corta* que en Patay han vertido por la patria hasta la última gota de sangre. Antes de espirar murmuraban una oracion, y sus ojos buscaban el cielo en el que habían aprendido á esperar: de ellos ha dicho un ilustre soldado: «Más conmovia verlos morir que verlos pelear.»

Sr. Ferry, Sr. Spuller, señor no sé cuantos: ignoro si por una táctica nueva renovareis más tarde la batalla que hoy habeis perdido; pero vosotros, vuestros trabajos y vuestra gloria futura habrán muerto y habrán sido enterrados y olvidados para siempre, mientras la Compañía de Jesús se cernerá luminosa y serena tratando de reconstruir las ruinas que habeis amontonado.

No procedais con tanta rabia, porque nada conseguiríais, y además yo os lo juro, no quieren ocupar vuestros puestos. La cartera de esos ministros no es de este mundo.»

EL AMOR DE LA UNION.

(Continuacion.)

Al mostrarnos en la union el camino de la salvacion, el Vicario de JESUCRISTO nos señala el obstáculo que nos cierra la puerta á ella: los disentimientos nacidos de las opiniones humanas. Hé aquí en efecto lo que nos divide y nos pierde. Mientras que en los furiosos ataques que nos dirigen nuestros enemigos saben imponer silencio á sus disensiones, más profundas que las nuestras, nosotros no sabemos, á fin de rechazar esos ataques que ponen en peligro nuestros más sagrados intereses y nuestros principios más inmutables, dar de mano á las pretensiones personales y á las opiniones más ó menos problemáticas. Por un lado se ve á menudo á los que sostienen los verdaderos principios comprometer su defensa por mezclar con ellos intereses de un orden inferior, y por otro aquellos cuyo amor propio se siente lastimado por aquellas pretensiones, encuentran en ello un pretexto para rechazar los principios. ¿Dónde está el remedio? El Soberano Pontífice acaba de indicárnoslo, y la conducta de nuestros enemigos nos facilita su adopcion. Por la terrible lógica con la cual llevan el combate acerca el primer principio del orden social, nos ponen en la necesidad de unir-

nos todos por su defensa. Nos prestan con su odio mismo un precioso servicio: disipan todas las equívocas que han prolongado el reino del error; y ponen la cuestion social como debe serlo: Ó Dios ó la nada; ó la autoridad divina ó la anarquía; ó la cruz ó la dinamita.

A la cuestion en tales términos planteada no hay más que una respuesta: la que nos da la verdadera devocion al Corazon de JESÚS. A aquellos, en efecto, que se admiran de ver que extendemos la influencia de esta devocion hasta el terreno social, les contestariamos que su admiracion no prueba más que una cosa, á saber, que no han comprendido el verdadero sentido de esta devocion. No ver en ella más que un conjunto de prácticas, no es considerar más que un lado de la misma. La devocion al Corazon de JESÚS bien entendida es, como lo indica la misma etimologia de la palabra (*devoovere*), la adhesion, la fidelidad á ese divino Salvador. ¿No seria entender de una manera muy extraña la fidelidad á un rey destronado y perseguido por el odio encarnizado de sus enemigos, limitarse á darle algunas señales de respeto? —JESUCRISTO es ese Rey; y ¿cuál es el monarca cuyos derechos, beneficios, méritos personales sean comparables á los suyos? Despues de haber sido desposeido de la soberanía social, se le hace una guerra á

muerte. ¿Cuáles, pues, la obligación que impone la verdadera fidelidad á los que le reconocen por su Rey? ¿No es de coligarse para defenderle, olvidando todos los intereses de un orden inferior que podrían dividirles, para defender á todo precio, con los derechos del divino Salvador, el supremo interés de Dios y del orden social?

¡Cuán fácil sería la union entre los cristianos si su amor á JESUCRISTO tuviese en su corazon el lugar que le corresponde! ¡Cuán fácil sería la formacion, hasta hoy imposible, del verdadero partido del orden y de la verdadera union católica! Es imposible en efecto componer el partido del orden con hombres que, rehusando reconocer los derechos de Dios y de JESUCRISTO, admitiesen, siquiera fuese tácitamente, el principio de la revolucion. Imposible formar una union católica, haciendo que entrasen en ella aquellos cuyo liberalismo rechaza los principios esenciales del derecho cristiano. No son estos los principios que el Soberano Pontífice nos exhorta abandonar para unirnos; sinó que por el contrario ocupan el primer puesto entre los intereses religiosos cuya defensa con mayor celo y actividad nos impone. Su relacion con el orden político no impide que pertenezcan al depósito de las verdades reveladas, y les debemos la misma adhesion que á los demás dogmas

de nuestra fé. Si somos verdaderamente cristianos no buscaremos dividir á JESUCRISTO y separar sus derechos sobre las sociedades, de sus derechos sobre las almas; y si somos verdaderamente fieles á ese divino Salvador, afirmaremos con más valor y defenderemos con más constancia aquellos derechos que veamos con más audacia negados. Más á fin de hacer más eficaz esa defensa, evitaremos todo cuanto pueda dar ocasion á lastimar inútilmente á aquellos á quienes tuviesen apartados de nosotros sus intereses ó sus opiniones; estorzándonos por el contrario en poner de tal suerte en evidencia los derechos incontestables del divino Monarca, que atraigamos á nuestras banderas á todos los hombres que no quieran renegar de la fé de su bautismo.

Cuando de los cristianos de todos los partidos habremos formado el gran partido de Dios y de JESUCRISTO; cuando abjurado el ateismo revolucionario, estaremos de acuerdo para restablecer la base divina de los poderes y de los derechos humanos, no nos será difícil ponernos tambien de acuerdo acerca de las condiciones más propias para facilitar y garantizar el restablecimiento del orden cristiano. Buscando sobre todo «el reino de Dios y de su justicia, podemos estar seguros que nos será dado lo demás por añadidura.»

Así es como del terreno puramen-

te religioso, la union de los cristianos, cincelada en la verdadera devocion al Corazon de JESÚS, extenderá su benéfica influencia hasta el terreno político y social; y despues de haber asegurado la santificacion de las almas y el feliz éxito de las obras de caridad y de celo, apresurará la salvacion de la sociedad por medio de la restauracion del reinado social del Hombre-Dios.

Digamos al efecto cada dia de este mes:

Divino Corazon de JESÚS, os ofrezco, por el Corazon immaculado de MARÍA, todas las oraciones, obras y sufrimientos de este dia, en union de todas las intenciones por las cuales Vos os inmolais incesantemente sobre el altar.

Os las ofrezco en particular, además de las intenciones de este día, á fin de alcanzar la union perfecta de todos vuestros hijos. ¡Oh, JESÚS, que deseais tan ardientemente esta union! ayudadnos á estrecharla de cada dia más, sacrificando á vuestros divinos intereses, los intereses humanos que nos dividen. Asi sea.

Señor JESÚS, cubrid con la proteccion de vuestro Corazon al Santo Padre.

Corazones de JESÚS y de MARIA, salvad la Iglesia y la unidad católica en España.

ARMONÍAS MASÓNICAS.

Hemos recibido el número 3.º de «*La Humanidad*»: no se quejará la idem de que no somos corteses con ella, pues hasta le acusamos el recibo.

Pues bien, en un artículo titulado «La masoneria ante sus detractores» y que firma *Pluton* (*Pluton*, segun la Mitologia, es el Dios de los infiernos) se dice en el último párrafo:

«Conste, pues, que nosotros, los »masones, procuramos ser hombres, »*que nos amamos los unos á los »otros*... etc.

Más hé aquí que leyendo, leyendo, llegamos á la primera página, (nosotros leemos esta Revista al revés, es decir principiámos por lo último) y nos encontramos con otro artículo «*En busca de la verdad*», que comienza asi:

«En vano es que nuestros adversarios nos provoquen á un pugilato »en que arrastremos por el lodo los »sacrosantos (!) principios que hemos venido á defender: pues no lo conseguirán; estén seguros de ello.» — «Ya que se han atrevido á decir »que *La Humanidad* no cumple su mision; (¿qué tal, no lo deciamos nosotros?) ya que nos increpan por »nuestro lenguaje; ya que se cierran »los ojos para no ver lo que está escrito, y se abre el entendimiento »á la mala intencion (!) para censurar lo que no hemos escrito; ya »que se vierten especies insidiosas

»contra nosotros *so color de que se busca el bien de la masoneria*; ya »que el *dolo* y la *falacia* se emplean »como armas de buena ley, nosotros»... etc.

¿Conque toda esa marimorena hay entre los hh. . .? Pues no hemos quedado antes en que se amaban unos á otros con muchisima fraternidad?

Más abajo habla *Zorrilla*, que es el h. . . que firma el artículo de que hemos copiado las líneas trascritas, de librarse de ciertas *mordeduras venenosas*. Por lo visto los hh. . . tambien se muerden, eso si, con mucha fraternidad.

No nos equivocamos pues cuando manifestábamos nuestra sospecha de que *La Humanidad* recibiria alguna reprimenda. Verdad es que ella excomulga á su vez á los hh. . . censores, y les llama «*discolos y rebeldes*».

Y eso que se aman, segun dicen, unos á otros; ¿Qué sucedería sinó se amaran?

De la misma Revista es lo siguiente:

»Discurriendo estos dias en un »circulo de amigos sobre las causas »que habian producido la traslación »á esta capital de la reliquia de la »Santa Faz, cuando afortunadamente no nos amenaza ninguna »calamidad, dijo uno de ellos:— »Quieren Vds. mayor calamidad que »la venida de los jesuitas? Por esto, »la autoridad eclesiástica ha dispuesto traer el sagrado lienzo en

»solemne procesion. Verán Vds. como asi serán menos sensibles los »estragos.

»Nos dejó casi convencidos.»

Hizo muy bien *La Humanidad* en no convencerse del todo; pues nosotros podemos asegurarle, debidamente autorizados, que no es esa la calamidad que ha motivado la traslación de la Santa Reliquia. Si quiere saber cuál ha sido, oígala de labios del mismo Rdo Prelado, que dice: «hacen horrible estrago... tantos impios folletos y soeces libelos »oprobio de nuestra bella y cristiana literatura; y *tantos periódicos »de parecida estofa, que diariamente vomita una prensa prostituida; y »millares de millares de livianos escritos de todos tamaños y formas,*

»estas y semejantes perniciosas producciones á ninguna otra cosa »sabríamos compararlas, que al misterioso volumen, que viera Zacarías ir volando y que de él se le »decia: «*Haec est maledictio quae egreditur super faciem terrae*» maldicion, CALAMIDAD ESPANTOSA, que »ha salido para causar horrendo »estrago sobre la superficie de la »tierra.» (1)

Con que ya sabe «*La Humanidad*,» cual es la espantosa calamidad,

(1) Carta pastoral del Ilmo. Sr. D. Victoriano Guisasola á los fieles de la Diócesis de Teruel.

dad, para cuyo remedio ha venido á esta ciudad la Veneranda Reliquia por disposicion de la Autoridad eclesiástica, feliz acuerdo de este municipio, y contento y agrado de toda la poblacion.

CRONICA INTERIOR.

SANTAS MISIONES.

Como ya saben nuestros lectores, el viernes de la semana anterior principiaron los ejercicios de la Santa Mision, que seis Padres de la insigne Compañia de Jesús están dando en esta Ciudad.

A pesar de la propaganda sectaria contra estos santos ejercicios, los templos se hallan cada dia más concurridos por toda clase de personas que acuden á oír la divina palabra. Es la mejor protesta que el honrado y cristiano pueblo alicantino ha podido hacer contra los que se empeñan en deshonrarle, haciéndole aparecer como un pueblo falto de creencias religiosas y de sentimientos católicos. ¡Ah! no podrá dudar de estos en adelante quien quiera haya asistido al tiernísimo y conmovedor espectáculo que dió esta Capital el martes con motivo de la comunión de los niños. ¡Qué pluma será capaz de describirlo, ni qué lengua podrá expresar las dulcísimas emociones que él produjera en el alma!

¡Oh! al ver los grupos de inocentes niños preparados para recibir el Pan celestial, clamando á voz en grito que *quieren ser ángeles*, pare-

cíanos haber sido trasportados á las celestes regiones y hallarnos en medio de los coros angélicos que cantan himnos de perpétua alabanza en torno del Cordero; y si volvíamos los ojos al altar santo, donde Jesús Sacramentado esperaba que se le acercasen aquellas almas candorosas, para comunicárseles y tomar posesion de ellas, imaginábamos oír una voz dulce y cariñosa que salía del Sagrado Copon y decía: «*dejad, dejad que estos niños vengan y se acerquen á mí, que de ellos es el reino de los cielos;*» y al considerar este cambio de tiernos afectos entre los niños que quieren ser ángeles para comer el pan de los ángeles, y Jesús Sacramentado que los llama á Sí con ansia todavía mayor, ¡oh! una indecible emocion embargó nuestro ánimo y las lágrimas comenzaron á titilar en nuestros ojos, como en los de todos los circunstantes.

Imaginen nuestros lectores ochocientos niños de ambos sexos que, respondiendo á la excitacion del Padre Misionero que les dirigía la palabra, dicen á voz en grito que hace resonar las anchurosas bóvedas del templo, que quieren ser *ángeles*, y piden perdon á Dios, á sus padres, maestros y superiores, de sus faltas y ligerezas, con el candor y la sencillez encantadora propia de tan tierna edad; imaginen á sus padres hermanos y familias derramando conmovidos lágrimas de ternura y de contento; é imaginen finalmente al sacerdote que habla á los niños en nombre de otro Niño Divino allí presente en el Sacramento, para invitarles á que se le acerquen con confianza, y le reciban con amor: ¡tal

era el cuadro bellísimo que presentaba el espacioso templo de San Nicolás en el acto de la comunión!

Pero no fué esto todo: la expansión de los corazones necesitaba mayor espacio que el que proporcionaban los muros del templo; era necesario que los dulces ecos de las infantiles voces resonaran en las calles de la ciudad, y participara ésta de los suavísimos goces que en aquellos momentos inundaban los tiernos corazones de sus pequeñuelos. Organizase, pues, la procesion: en ella formaban 2.500 niños de ambos sexos, distribuidos en grupos que representaban las diferentes escuelas y colegios de la ciudad. Cada grupo ostentaba un magnífico estandarte ó bandera, todos primorosamente bordados, y en cuyo centro aparecía la imágen del Santo, título ó advocacion del colegio que representaba. Presidía la imágen del Niño Jesús llevada en hombros por cuatro niños. Los PP. Misioneros y otros varios sacerdotes ordenaban la procesion y entonaban los bellos cánticos, que repetían con entusiasmo y fervor dos mil quinientas voces angelicales, que hendían los aires y llegaban hasta el trono del Cordero, demandando gracia y bendicion para su querida ciudad, cuyos habitantes agolpados en las calles del tránsito y en los balcones y ventanas de los edificios decorosamente adornados, presenciaban con lágrimas en los ojos aquel espectáculo sublime, que más de una vez trajo á nuestro pensamiento y nos hizo musitar aquellas palabras del Rey Santo: *Por boca de los niños y de los que maman perfeccionaste tu gloria á causa de tus enemigos, para destruir*

al enemigo y al vengador. ¡Oh! Parabienes mil á los misioneros, á las autoridades, á los padres, á los maestros y á la ciudad entera. Este es el camino que lleva á los pueblos á su verdadera grandeza, esta es la senda del verdadero progreso; y clamen en contrario cuanto quieran ciertos afectados partidarios de lo que llaman progreso y moderna civilizacion que no son otra cosa que corrupcion y barbarie.

El espectáculo que dejamos descrito, no podía menos de escitar las iras de ciertas gentes.

Desde el primer momento en que se anunció la Santa Mision hubo quienes se propusieron impedirla. En este sentido háse venido haciendo propaganda pública y privadamente, en los periódicos y en las conversaciones particulares. Todo el mundo ha podido leer lo que estos dias ha escrito la prensa de esta ciudad, contra los misioneros y sus predicaciones, y ni siquiera se ha puesto reparo en censurar como inoportuna é inmotivada la traslacion de la Santísima Faz!!!

Las amenazas siguieron á las censuras, y no han faltado chiquillos en las puertas de los templos para silbar á las personas que entraran y salieran. Nosotros mismos hemos sido silbados dos veces al entrar en San Nicolás y al salir de San Francisco. Así entienden el ejercicio de la libertad, y el respeto á las creencias de los demás los que á todas horas proclaman una y otro.

Hallábanse, pues, los ánimos prevenidos y temerosos; y á pesar de que las autoridades habian adoptado algunas precauciones, se tenía pre-

sentimiento fundado de que se intentaría dar escándalo. Así sucedió. Anteayer jueves por la noche, se hallaba el P. Alais predicando en Santa Maria sobre el juicio final.

Somos testigos presenciales. Habia concluido el predicador la descripción de la primera escena en que nuestro Señor llamará á los justos á gozar del reino de los cielos; y al comenzar la del juicio de los réprobos, aun no habria pronunciado el orador media docena de palabras, cuando se oyó la voz de fuego, dada desde el cancel de la puerta principal. Tres ó cuatro mujeres no muy bienportadas que habia junto á la puerta fueron las primeras en alarmarse (hay quien dice que lo fingieron), alarma que inmediatamente se propagó entre las demás que se hallaban en el templo. El predicador trató de contenerlas y de tranquilizarlas desde el púlpito; pero no fué posible, la confusion se apoderó en un momento de los ánimos: unas lloraban, otras gritaban, y todas corrían en busca de salida. Una parece que se insultó y fué auxiliada en casa del Párroco, contigua á la Iglesia. Por fin despues de un largo rato, la calma se restableció, y el sermon continuó hasta su término.

Los autores de estos hechos, indignos de pueblos que se precian de cultos, pueden estar satisfechos. Han conseguido solo dos cosas; enardecer el ánimo de los buenos, y echar sobre esta noble ciudad un negro borron.

Nosotros, en nombre del cristiano pueblo de Alicante, protestamos contra tamaño escándalo, cuya vergüenza debe caer solamente sobre sus autores é inspiradores. ¿Qué se

dirá de Alicante cuando estos hechos lleguen á saberse en los pueblos vecinos y en toda España? Las autoridades que tienen el deber de velar por el buen nombre de la poblacion que administran, están en el caso de desplegar toda la energia necesaria para impedir estos desmanes, y castigar con mano dura á los culpables.

Ayer fué la comunión general de señoras, y hoy la será la de los hombres en los tres templos donde se han dado las misiones.

A la hora en que cerramos este número, es esperado en esta ciudad el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis.

Es probable que el lunes sea la traslación de la Santisima Reliquia.

BAZAR MIRÓ.

En la calle de San Francisco número 28 acaba de abrirse al público un lujoso y magnífico *Bazar* que honra al comercio de esta capital. Es propiedad de D. Enrique Miró, á quien agradecemos la invitacion que se sirvió dirigirnos para su inauguración. El expresado establecimiento merece ser visitado por todas las personas de gusto.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 5.